

El templo sumergido. Un libro de poemas de Badr Shakir Al-Sayyab

CAROLINA FRAILE CONDE

“Vivimos en un mundo sombrío cual pavorosa pesadilla. La poesía, reflejo de la vida, se alza aterrada al descubrir que los tentáculos del espantoso pulpo de los siete pecados cubren al espíritu hasta asfixiarlo.

Pero mientras haya vida, la esperanza de salvarse sigue latiendo, la esperanza de que el espíritu renazca de nuevo”. (Badr Shakir al-Sayyab)¹.

“Basora es la ciudad a la que me trasladé para estar cerca de los lugares de juego de mi infancia, de los escenarios de mi niñez en Yaykur. Naturalmente conoces Yaykur si has leído *El Poema de la Lluvia*. Es mi aldea que canto en muchas poesías del poemario y a la que seguiré cantando.

Los colmillos de Cerbero, el perro del infierno, no serán lo suficientemente fuertes como para desgarrar la carne de los huesos

¹ Citado por Issa Boullata, *Badr Shakir al-Sayyab, Hayatu-hu wa shi'ru-hu*, p. 176.

del poeta mientras fluya por su boca una canción sobre su patria y se mezcle con el suelo de su tierra”. (Badr Shakir al-Sayyab)².

I. INTRODUCCIÓN

El deseo de as-Sayyab (Yaykur, 1926-Kuwayt, 1964) de abandonar Bagdad y trasladarse a Basora, en un momento en el que su trayectoria poética comienza a ser valorada,³ tiempo en el que el gobierno iraquí lo restituye a su puesto de trabajo, reduciéndose, en gran parte, la inestabilidad económica y laboral que persiguió al poeta a lo largo de su vida, es una decisión fruto de una nueva actitud del poeta ante la existencia: actitud que será plasmada en una poesía de tonalidad más intimista. Pero hay otro hecho, inesperado que, junto a su deseo de acercarse a los lugares de la niñez y adolescencia, verá su reflejo en los textos que integran el presente poemario. Poco a poco comienza a manifestarse la enfermedad degenerativa que tres años más tarde llevará a su cuerpo a reposar eternamente. La certeza de que la muerte está próxima, con ella el sufrimiento físico, el miedo a desaparecer, a la nada, y el deseo de capturar su pasado, un pasado muy concreto: el ayer de la plenitud infantil, tiempo que lo conduce al origen de su vida, abren al lector un corazón, un espíritu y un sentir descarnado, entusiasta, febril, donde las imágenes y las ideas se suceden encadenándose unas a otras.

Los sustantivos cobran la fuerza de un símbolo, los adjetivos matizan en amplio abanico las sensaciones y las emociones que despierta la imagen poética, y los verbos suscitan la tonalidad creadora en una colección donde la acción poética predominante es capturada por el insomne ensueño⁴. Es la ensoñación el único medio que halla el poeta para hacer llegar su agitado espíritu hasta un mundo desaparecido, hasta un mundo que debe ser imaginado para ser

² Carta fechada en Basora el 7 de marzo de 1961, vid. Magid as-Samarra'i, *Rasa'il as-Sayyab*, Beirut, 1994, p. 153.

³ En julio de 1960 obtiene el premio poético otorgado por la revista *Shi'r*.

⁴ “El ensueño poético, al contrario del ensueño de la somnolencia, no duerme jamás. Necesita, a partir de la imagen más simple, hacer irradiar, las ondas de la imaginación”, Gaston Bachelard, *La Poética del Espacio*, Madrid, 1993, p. 67.

rescatado, con el fin de que el poeta, identificado con el yo poético, se funda en él, en él halle su origen y a él consagre su final.

En sus imágenes la percepción no se alza dominante, sino que se somete a las directrices de la memoria y ésta a las de la imaginación para transformar la realidad tangible, interiorizarla y hacer de lo objetivo algo subjetivo; de lo concreto lo abstracto; de la aparente grandeza de lo externo y visible, la absoluta inmensidad oculta de lo íntimo que perfora las entrañas hasta lograr traspasar las barreras del espíritu.

As-Sayyab sugiere con maestría el infinito legado de lo íntimo, el sonido de ese silencioso palpitar, reflejo de su trazo oriental. La vivificación que imagina del universo es realizada, no para ser descrita desde fuera, sino para fundirse con ella en un intento de “alcanzar la verdad más allá del Yo personal y, al identificarse con el Mundo, volver a la unidad primordial... alcanzar el punto en el que el sujeto y el objeto llegan a ser idénticos”⁵.

Su poesía en el presente diván⁶, como sucede a lo largo de toda su obra, pasada y futura, se manifiesta un enjambre donde no hay lugar más que para una visión conjunta de los espacios, de los tiempos, de los hechos, de las imágenes y de las ideas vertidas en la pavorosa grandeza de la palabra. Es en esta cohesión donde toma forma el sople humano, el alma del poeta.

El paso inexorable del tiempo cercado por la temprana enfermedad, configura la existencia del poeta como un ente vacío de sentido. Caminar por la senda vital es acercarse al temido instante de la partida final, y es despertar al terror por desaparecer absorbido dentro de la inmensidad de un infinito incomprensible. Una angustia irrespirable agita todo su espíritu. Sus versos se demudan con frecuencia transparentando ese vacío eterno donde agoniza, aterrado, el yo poético.

Los interrogantes sobre la trascendencia del ser y las vivencias para afrontar el cambio son potenciados por la cercana muerte que acecha al poeta. La manifestación general que sobre el tiempo nos brinda, se halla unida, indiscutiblemente, al sufrimiento, al deterioramiento corporal y, finalmente, a muerte, generándose en la consciencia del poeta un

⁵ Carlos Cid, *Mitología Oriental Ilustrada*, Barcelona, 1993, vol. I, p. 20.

⁶ La presente colección *Al-Ma'bad al-Gariq* abarca los poemas escritos desde 1961 hasta mediados de 1962, año en el que fue publicada.

enfrentamiento directo con el hecho de desaparecer, con la sombra del vacío existencial que se traduce en una profunda angustia. Angustia existencial que anhela una salida, un paraíso terrenal a través del ensueño, un ensueño que detenga al tiempo y allí, en ese marco irreal, vuelvan a él su espacio y tiempo míticos recreados en la aldea donde nació, Yaykur, y retenidos en la infancia, momento y entorno donde el ciclo vital surgió y donde se desea cerrar para la eternidad.

El poeta torna sus ojos al único reducto que le dará calor y fuerza para dormir en la paz del último sueño. Retornar en el tiempo a la época de la infancia y regresar en el espacio a Yaykur, el lugar natural, símbolo de la vida. Hay un deseo irrefrenable de recordar al tiempo contenido en la vieja casa infantil, tiempo retenido. Reencontrarse con su casa natal, la primera y única, la cuna de su infancia, de su vida entera, desata el sentimiento materno de la protección ancestral, ahí donde se produce la ansiada “reintegración del espíritu en el espíritu”⁷. Desde el ensueño se accede al mundo irreal de Yaykur, al tiempo construido a partir de los recuerdos que se albergan en la memoria selectiva del deseo. El lugar es irreal, idílico, porque en él se regenera, al recordarse, la infancia. El poeta ensueña su Paraíso, su Edén perpetuo donde el fin de la vida se une a su principio. Allí desaparece la ignorancia y florece, madura, la sabiduría por la que se descubre la causa ínfima de la existencia. Porque el poeta luchará para que tiempo y espacio se unifiquen con el fin de recuperar la esencia profunda e íntima del vivir en sus dos dimensiones: existir y ser.

Yaykur guarda la casa infantil, en ella se condensa el ‘primer universo’, ‘el rincón del mundo’ del hombre al nacer. En ella penetra el espíritu puro que permite a la aldea albergar el pasado ensoñado desde el presente, porque “la casa del pasado se ha convertido en una gran imagen, la gran imagen de las intimidades perdidas”⁸. Y Yaykur, el lugar elegido por el azar cuna de su nacer, es el añorado para morir, para unirse a la naturaleza, para volver a estrechar a su madre desaparecida. Tierra de Yaykur, nodriza natural que ampara al oprimido, que entiende y mimica al único ser capaz de redimir al mundo: el niño. Tierra sin maldad, tierra poseída por la vida en su estado germinal, tesoro con el que no se puede vender ni comerciar, tesoro del alma. Y de ella busca obtener el don de olvidar el presente, de

⁷ Cirlot, J.E., *Diccionario de Símbolos*, p. 385.

⁸ Bachelard, G, *La Poética del Espacio*, pp. 34-134.

descansar de su atormentado final en la muerte, de recuperar el tiempo infantil y con él penetrar en el tiempo de la leyenda, en ese espacio intemporal, porque el signo del retorno “señala infinitos ensueños, porque los retornos humanos se realizan sobre el gran ritmo de la vida humana, ritmo que franquea años, que lucha por el sueño contra todas las ausencias”⁹. Esta tierra es la que nos ata al pasado, muestra el punto de unión entre el ayer y el mañana, la manifestación intemporal de nuestro caminar. ¿Es ella el Edén?... En la somnolencia del ensueño las preguntas ansían, angustiosamente, la respuesta imposible. ¿Existe el retorno? ¿Marca Yaykur el origen ancestral primigenio de la vida desde la divinidad?

Asentado en Yaykur el poeta parece percibir la paz de la salvación que emana la imaginada liberación del alma. Allí se entrega a la muerte, pero ésta no es ya una muerte vacía, sino a la muerte visionada como representación de un cambio, es un volver.

As-Sayyab traza por los versos de este poemario su caminar como hombre a la par que poeta, hombre con una necesidad vital de escribir para fortalecer su espíritu, un espíritu que reclama volver al origen, volver a sentir las primeras emociones, el estigma de la pureza y de la paz. Y as-Sayyab deviene un caminante que regresa, poeta del eterno retorno; en su caso un retorno desesperado donde el tiempo marca la extensión y la duración del camino, incluso en su aldea Yaykur. Toda una amplia semántica del caminante se despliega para ayudar al poeta a marcar la senda por donde se traza el curso vital, el fluir del espacio y tiempo concretos que abarca el origen y el fin, yendo sin cesar del nacer al perecer. Ir y volver y, en ese avanzar, retornar, regresar y, llegando al final del camino, rodar hacia el principio descubriendo la entrada en el origen.

Viajar, caminar, ensoñar... buscar una senda que conduzca al último reducto dentro del ensueño. Porque se vive mientras se camina y la senda se traza en un ensueño al que el poeta confía todo su espíritu esperanzado¹⁰; pues cuando se para y se mira alrededor, la tremenda

⁹ Ibid. p. 134.

¹⁰ Aguirre, *Antonio Machado. Un poeta simbolista*, p. 198: “La búsqueda es infructuosa, el tiempo fluye en vano. Pero mientras se busca, se sueña, se sienten el deseo y la esperanza de conseguir lo deseado; el sueño deviene una imagen de la existencia emocional del viajero; cuando éste renuncia a continuar su peregrinaje, se deja de soñar, de buscar, y la desesperación lo ocupa todo”.

realidad del infinito sufrimiento empapa su piel de poeta, el mundo se observa tal y como es. Un mundo que desborda dolor, castigo, humillaciones, siempre hacia los humildes y los sencillos. La crueldad social de la vida unida al íntimo dramatismo personal del poeta por perder la esencia del ser, fluyen suave, pero intensamente descargando su espantoso y desgarrador significado en el lector.

A lo largo de este viaje se abren paisajes que, bajo el prisma de la naturaleza rebosante en flor, auspician una felicidad ebria por la pasión del poeta. El curso invariable del río manriqueño atesora el tiempo en su constante fluir. En su lecho reposan, sumergidas, las pasiones irre recuperables que el poeta ansía en un mar de resignada desolación. Si bien caminar por la vida es penar e, involuntariamente, somos conducidos al fin, hay un deseo de trascender este camino que, implacablemente, se halla limitado y donde el viaje es una búsqueda desde el mundo profano de las tinieblas al mundo sacro de la luz, al que aspira a llegar para reencontrar una salvación.

¡Cuántos fervientes deseos brotan por retornar al tiempo pasado! Momentos vividos al ritmo de la languidez y monotonía de los ondulantes canturreos de una melodía, junto al despertar de sus primeras pasiones por la vida. Asfixiante deseo de atrapar, de retener el instante..., cada instante. ¡Si pudiera volver! ¡Volver a sentir! ¡Volver a soñar!

Soñar su primer amor, a Wafiqá, ya desaparecida; soñar a Hala, su compañera en los campos de su infancia y adolescencia; es adentrarse en un espacio sin tiempo tras una puerta que sellan los destinos, una puerta que alberga los recuerdos que han abandonado al poeta en su devenir vital. Wafiqá, desde su mundo más allá de la muerte, agitada por el deseo de volver, descubre su entorno de verde ensoñación. Desesperado deseo que, con sutileza, el poeta deposita en su figura, consciente, en su amarga certeza, de que tan sólo es una imagen velada del ensueño donde un imposible mundo desea tomar cuerpo. Wafiqá vela desde lo alto. Erguida en el extremo superior de la casa anhela la esperada ascensión hacia el Más Allá eterno, victorioso, alejado de la muerte corporal a la que derrota. En ella se refugian, en ella esperan, todos los que se hallan atrapados en ese otro lado; ella, elevada como centro de ese universo microscópico, se torna ensueño poético donde el deseo infiere claramente en los recuerdos distorsionando su realidad memorística para que perviva el ideal deseado que la memoria alberga.

Penetra as-Sayyab en el fundamento de su vivir hasta ese instante, desde el delirante ensueño que se mece al son de la melodía que canta su eterna sentencia. El futuro más inmediato dibuja ya la llegada de la muerte que le impedirá realizar su ciclo vital con la naturaleza. La sensación de eterna y total plenitud que buscó el poeta, la halló al identificarse con la Madre Naturaleza; a ella vuelve siempre en busca de consuelo a un dolor físico que intensifica y prolonga la ilimitada angustia de su alma.

Por momentos se percibe paz, con dolor sí, pero paz para su cansado fatigar, tranquilidad al aceptar que dejará de existir, pero consciente de que no dejará de ser. No obstante, una desolación interna lo embarga de dolor: la nueva vida de la Naturaleza llegará con un nuevo ciclo y él, amante del nacer y del renacer, pena porque formará parte de un entorno alejado del bullicio natural. Sentir el bálsamo calmante de unión con la Naturaleza deviene un regalo de Dios. Dios conectado a la vida respirándose de esa fusión paz, sabiduría, y un bálsamo de pureza:

De tarde me fundo con las estrellas
 mis ojos las espigan una a una
 cabalgando por la luna nueva
 en un barco... cual si fuera Simbad viajando:
 mis velas son las nubes,
 mi puerto un imposible.
 Veo a Dios en la silueta de una palmera
 cual halo difuminado en las tinieblas,
 siento que dice: '¡Hijo mío, muchacho!
 Te di la vida y la ternura. Las estrellas
 las ofrecí a tus pupilas, la lluvia
 A los pies frescos. ¡Bebe la vida!
 ¡Trágala! Te ama Dios.

(La Casa de mi Abuelo)

Pero el tiempo surca el espacio por doquier llenándolo de ataúdes, de míseros seres que volverán al polvo, al vacío. Y ese dolor, ese caminar imparabile por la vida, eterna condena de la humanidad, queda reflejado en los personajes que pueblan los poemarios de as-Sayyab.

En su caminar as-Sayyab se hace acompañar por diferentes viajeros míticos, Ulises, Simbad, Ícaro, Orfeo... Ellos, con sus diferentes manifestaciones embarcadas en el conocimiento y la evolución del espíritu, no logran el deseado regreso al hogar del pasado. En su camino, únicamente son testigos del caos y la barbarie prendidos por el predominio de la materia. Al narrar sus historias fracasadas, el tiempo no puede ser abolido y se desvanece el marco desarrollado y recreado para la regeneración cíclica de lo inmemorial. Heridos y vencidos se presentan ante el poeta que, como ellos, ha perdido su espacio y su tiempo y que, con ellos, ha perdido su espacio y su tiempo y que, como ellos, ve la llegada a la aldea entrevelada. Ni la infancia ni Yaykur pueden recuperarse. La esperanza se torna muerte difuminada. La mirada, enternecida, se vuelve al pasado, a ese tiempo buscado como entorno idílico, como retorno donde hallar la respuesta a la existencia, pero en su trazado no se hallan sino más incertidumbres que intensifican la soledad del caminante:

Yaykur, ¿oyes mi pregunta?

¿Vives oculta en mis recuerdos

o eres tú su tumba? ¡Resucítalos!

¡Resucítame!

¡Qué absurdo! ¡No puede volver la niñez!

Mi pasado es mi tumba

y yo soy la tumba de mi pasado.

¿Morir prolonga la vida triste?

¿O vivir prolonga entre lágrimas la muerte?

(Yaykur envejece)

¿Qué salvación hay para el poeta que va a morir? ¿Qué les espera a los muertos que le precedieron? ¿Qué será de Wafiq?

Wafiq no puede volver a la vida, pero sintiéndose una con Galilea, espera vigilante. Y en su espera ensueña la llegada del milagro, de Jesús, para ponerse en camino, en marcha. ¿Hacia dónde? Hacia el encuentro con el origen que, tal vez no se produzca nunca, aunque el deseo perviva. A lo largo del poemario transita de principio a fin, una continua ensoñación donde se entreve el deseo de hallar una escala

para ascender, escala por la que trascender los mundos. Wafiqa seguirá en su mundo de muertos viviendo su espera en un soñar, ensueño del Paraíso, ¿tendrá lugar su ascenso?

Ventana de Wafiqa en la aldea
febril, vigila la llanura
cual Galilea soñando caminar,
soñando a Jesús.
Abrasa sus cristales.

(Ventana de Wafiqa)

Aunque la consciencia supone el cruel enfrentamiento con la realidad temporal que conduce al hombre a su dramático final y, a pesar de que la evasión hacia el entorno desarrollado por la imaginación creadora de recuerdos y sentimientos no puede seguir sosteniéndose, se recurre al estallido del deseo; deseo de que entre muerte y desamor quede algo de lo vivido, un consuelo que ampare al hombre en el último y definitivo tramo de su existencia. Resta la esperanza y el vehemente anhelo de que el tiempo ya cumplido pueda ser capturado, transformado en instante eterno y perviva de este modo en la memoria, indestructible al paso del tiempo:

¡Oh río! Si volvieran a ti Hala
y la serena primavera de Abril.
Su juventud pasó
temblando ante la madurez,
soñando con rosas
que el hielo oprimía,
cual manantial entre tumbas
cuyas venas absorbieran su sangre.
Di: no se ha olvidado tu tiempo
aunque esté envuelto en sus sudarios.

(¡Río!)

Porque recordar es revivir. Y cuando volvemos a soñar nuestro ayer, recuperamos las partes esenciales que habitan, en lánguida

quietud, nuestras almas; una de ellas es nuestra memoria colectiva de la que tan necesitada está la sociedad para no ahogarse en la red de la ignorancia, mal eterno del que pretenden salvar los poetas al resto de la humanidad. Con sus sutiles vocablos que engloban ideas, sentimientos, actitudes, los poetas ponen a disposición del ser humano un tesoro de convivencia, de sabiduría, de bondad.

Los versos de as-Sayyab emanan un hondo desgarró surgido de los hechos vividos por el pueblo iraquí, por su amado Iraq; así mismo afloran una agitada angustia causada por sus penurias personales. Su vida nada fácil refleja una constante lucha contra los diferentes tiranos asentados al frente de Iraq. Uno a uno estos gobernantes fueron hundiendo a los sencillos habitantes en el dolor, pero no abatieron ni tuvieron la capacidad de someter sus sencillos espíritus impregnados de una fuerza superior, esa poderosa energía poética que los ata a su tierra, a su tiempo, a su historia, a su vida y que deja un trazo imperecedero en las generaciones venideras. Porque, si bien la historia del pueblo iraquí, como la de todos los pueblos, se escribe a partir de los paradigmas y de las pautas marcados por los vencedores dejando tras de sí hechos inamovibles envueltos en un efímero y particular sentido de la justicia y del bien; la intrahistoria que subyace a todo el conjunto de los sencillos, de los hombres cotidianos, permanece ligada a los valores que moldean las culturas más allá de todo sometimiento a cualquier poder, alejados de las vinculaciones temporales concretas; mira siempre al porvenir y a todo el horizonte de la humanidad, está atada al espíritu evolutivo del ser y es esculpida con las múltiples manifestaciones del pensamiento poético innato al hombre. Y la poesía, llevando implícita su condena a la injusticia, disemina en un sin querer las visiones de la existencia como un canto a la vida, porque es alegría de vivir. Al recitarla, se siente el don de unirse a todos los seres, tanto vivos como a todos los que ya perecieron, en una dimensión donde no hay espacio ni tiempo. Es el don reservado a las artes que vuelan aunadas al espíritu lejos del alcance de la materia fútil; ese don lo posee en su plenitud y lo transmite en toda su pureza la poesía de Badr Shakir as-Sayyab.

II. TRADUCCIÓN

*El templo sumergido*VENTANA DE WAFIQA¹¹

Ventana de Wafīqa en la aldea
 febril vigila la llanura
 (cual Galilea esperando caminar,
 esperando a Jesús), abre sus cristales.
 Ícaro roza el sol
 con las plumas de águila. Se siente libre.
 Ícaro, lo atrapa el horizonte
 lo arroja hasta los abismos, a la tumba.
 Ventana de Wafīqa, ¡oh, árbol!
 Respiran en la oscuridad crepuscular
 los ojos que junto a ti esperan.

Acechan la flor del manzano,
 Buwayb¹² es un himno
 y el viento devuelve
 las melodías del agua sobre las hojas.

Wafīqa mira apenada
 desde el abismo de la tumba y espera:
 pasará susurrándole el río
 sombra que se ondula cual campana
 al albor de una fiesta,
 silba cual semillas de aliento.

¹¹ Prima y compañera de juegos del poeta en su infancia. Falleció tempranamente al dar a luz. (N.T.).

¹² Río que surca la aldea donde nació el poeta, Yaykur, en el sur de Iraq, en la zona Shat al-^cArab.

El viento devuelve
las melodías del agua. Es la lluvia.
El sol se carcajea entre las hojas.
¿Es ventana que ríe en el resplandor
o puerta que se abre en el muro
para que huya por las alas de la fragancia
un espíritu que suspira por la luz?
¡Roca para ascender al corazón!
¡Imágenes de amistad y amor!
¡Camino que sube al Señor!
De no ser por ti no reiría la aldea con los alientos.
En el viento un perfume
entre las ondas del río nos arrulla y nos canta.
Ulises¹³ se aleja con las olas,
el viento le recuerda islas olvidadas:
“¡Encanecimos, viento, libéranos!”
El mundo abre su ventana
desde esta ventana azul,
se vuelve uno, torna sus espinas
flores de delicado perfume.
Una ventana como tú hay en el Líbano,
una ventana como tú hay en la India,
una muchacha sueña en Japón
 como Wafiqá sueña en la tumba
con el verde relámpago, con el trueno.
Ventana de Wafiqá en la aldea
febril vigila la llanura
(cual Galilea soñando caminar,
soñando a Jesús)
Abrasa sus cristales.

¹³ Ulises es el héroe de la Odisea.

VENTANA DE WAFIQA II

¡Asómate! Tu ventana azul
 es un cielo hambriento,
 lo supe entre lágrimas
 tantas que en mi ser zozobraba la barca.
 Cuando se quebró el moreno de tu rostro,
 como se quebraron las madreperlas de Astarté¹⁴
 al caminar entre un velo de espuma,
 verdearon las orillas,
 y en el puerto cerrado
 rezaron los mares.
 Se diría que yo fuera pájaro de un extraño mar
 que surca el océano al ocaso
 y rodea tu ventana azul
 queriendo refugiarse en ella
 de la noche que se oscurece,
 pero no te abriste.
 Si hubiera habido entre nosotros tan solo una puerta
 te habría entregado mi alma
 y habría contemplado tus ojos.
 Es la muerte y el mundo de ultratumba,
 es lo imposible que turba.
 Imaginé tus ojos ¡dos tumbas
 que derraman burla sobre el mundo,
 sobre la orilla de la muerte!,
 cual dos portones
 que iluminan al que llega.
 Tu ventana azul
 entierra la tiniebla,
 surge cual cuerda que tensa la vida
 a la muerte para no perecer.

¹⁴ Astarte, la diosa fenicia, es asociada a la belleza, a la fertilidad y de ahí su unión con las conchas. Su equivalente griega Afrodita conserva estas mismas cualidades. De ésta se nos dice que nació en el mar encima de una concha grande.

Tus labios son para mí los labios más dulces,
tu casa es para mí la casa más amada,
tu pasado desde mi presente es más hermoso:
es lo imposible que confunde,
es lo perfecto que termina sin querer
y no se desea más perfecto.
En mi mente vive su sombra dilatada
y en mi presente su futuro.

**

¿Te visitará el pájaro del iris
para que a su lado vuelas al alba
y el sopor de la nítida mañana arroje
sobre tu quejoso sentir su alivio?
Al atardecer abres tus ojos
a un sendero verde
mientras los rayos se quiebran señalando
la colina y la casa de mármol.
Allí la tarde es un fino verdor
entre moreras, sombras y canales.
A su puerta el hermoso príncipe extendió
sus brazos para recibir a la que llegaba:
“Mi amada princesa
desde el invierno se alarga mi espera
¿por qué se retrasa y por qué se aleja?”

Es imposible que regreses del viaje,
¿puede un muerto volver de su viaje?

Yaykur 29-4-1961.

LOS JARDINES DE WAFIQA

Tiene Wafiqa¹⁵
 en las tinieblas del mundo de ultratumba un campo
 con un jardín que siembran los muertos.
 En su abismo se encuentran día y noche,
 ilusión y realidad.
 Los ríos dormitan en su fluir,
 oprimidos por sombras
 cual cestos de frutas, cual norias
 libres, sin cuerdas.
 Cada río
 es una almena verde
 en un mundo remoto.
 Wafiqa
 se tiende sobre un lecho de rayos de luna;
 azucena verde
 de sangrante palidez, de sonrisas.
 A semeja un horizonte de luz y tinieblas,
 de ilusión y realidad.
 ¿Qué tenue perfume de nieve
 evaporaron los labios
 entre las sombras del jardín
 ¡oh, Wafiqa!?

La negra muerte
 tiene una cascada de luz que fluye,
 tiene un río de frutos que no se recogen iguales,
 y un surtidor que sube desde la tumba
 del ensangrentado Tammuz,
 tiene flores altas, pálidas, somnolientas,
 lánguidamente extrae Africa su aroma
 y su rocío.

¹⁵ Wafiqa es equiparada a Perséfone, reina del mundo de la muerte, al ser secuestrada por Hades.

Entre sus ebrias sombras,
vírgenes invisibles tocan las flautas
ramas susurrantes las refrescan.
Wafiqá,
Yaykur, sin cesar, oprime sus visiones.
¡Ay! Si las carcajadas de Buwayb hubiesen regado
las palmeras del jardín. Si las hubiera empapado
el agua de su marea en la mañana de otoño.
No deja de vigilar una puerta a orillas del jardín
aguzando el oído ante cada susurro.
¡Ay de ella!... Esperaba sin esperanza,
sus deseos la hacían llorar.
Si su amado hubiera ido a verla...
si hubiera seguido esperándola en su mundo año tras año
sin descender por una escalera de nieve y tiniebla.
Wafiqá,
en sus entrañas las fragancias
suscitan largos recuerdos:
aquel nido entre las hojas de la vega,
sus azulados huevos son una llama verde.
¡Qué olas de recuerdos, compañera!
Cada vez que un ala morena aletea
y surge un pecho de brillantes y hermosas plumas,
abrsa al aire otoñal la ternura
y el tiempo evoca el primer abrazo, y a Eva.
Pregunta a los muertos de Yaykur por sus nuevas,
por sus colinas cenicientas, por sus ríos.
¡Ay! Los muertos están callados cual oscuridad,
se apartan de ella y pasan en silencio
mientras ella, cual brote,
se envuelve en sus secretos.
En el jardín
la noche desolada trina
cual surtidor de perfume y aroma,
de fantasía y realidad.

Entre tus senos vibra un temblor, ¡Wafiqah!
en él llora el frío de la muerte.
Miran suplicantes tus labios
susurrando la fragancia en la noche del jardín.

12-8-1961.

UMM AL-BARUM¹⁶

(Cementerio que se convirtió en parte de la ciudad)

Vi las caravanas de los vivos
saliendo de sus moradas,
las perseguían, tras la noche,
los espectros de las linternas.
Oí sollozar a quienes lloraban,
gritar a sus niños,
balar a sus ganados sedientos,
y vocear en el ardor del mediodía: “¡Camellero!”
agonizando su cantor.
Pero no vi cómo a los muertos
los sacaba un enterrador
de las viejas fosas,
quitaba o ponía sudarios,
pero no vi cómo expulsaba
a los muertos de tu tierra
la desvergüenza de una ciudad,
el canto de una bailarina, un camarero.
Decía mi compañero ebrio:
“Deja que devore a los muertos
nuestra ciudad para crecer,
estrechar a los vivos, ofrecernos
la bebida de los jardines de Perséfone¹⁷,

¹⁶ Cementerio de la ciudad de Basora. (N.T.).

¹⁷ Hija de la diosa griega de la cosecha a la que raptó Plutón, dios del Mundo Subterráneo, del Mundo de los Muertos, haciendo que viviera con él. (N.T.).

embriagarnos hasta que los cráneos de los muertos giren
víctimas de una embriaguez que camina con nosotros”
Nuestra ciudad, sus casas son una muela,
sus caminos, fuego,
hace pan con nuestra carne consumida
y la sacia...
¿Por qué extiende hacia los muertos sus manos,
elige, masca sus vértebras
y las vomita al viento dispersándolas?
Su abrasadora sombra se escurre por una cárcel,
un hospital, un burdel, un bar... por cada lugar,
trepa por las escaleras de nuestro sueño reptando
para depositar en nuestro sereno espíritu
una agonía que lo hace llorar.
Al despertar el alba iban llegando a ti los pájaros
caían sin cesar cual frutos sobre las tumbas,
picoteaban el silencio.
Soñaban los ojos de los muertos
carcajadas de luz, colinas regadas de luz.
Oía el bullicio de los niños
la madre que perdió a tres.
Huérfanos en la vasta tierra:
ya sedientos, ya hambrientos
sin aguador ni alimento;
en la choza siguen, se alza el féretro
por las cabezas de la gente,
por los hombros, los corazones, por los oídos
pero nadie ve a la madre ni su nido vacío.
Cuando la noche disemina luces
en una eternidad de tiniebla
y la pequeña gatea con sus manos y pies desnudos,
un hálito recoge de la ciudad cual madreperlas,
cual guijarros de una playa de arena,
fragmentos de su canto, de su llanto.

No dejó la tiniebla
más que una espuma de luces, dispersa
se funde por las tumbas cual ladrillos en un muro
que separa al mundo de los muertos de un mundo de humillación,
de un mundo de cadenas, falsedades, lamentos y penurias.
La ciudad enciende su fuego en el toldo de la muerte
arrancando los ojos a los muertos,
oculta en las tumbas semillas de amapolas,
siembra la simiente del silencio
hasta hacer brotar el gemido de los grilletes,
el clamor del atardecer
las risotadas de prostitutas y borrachos en los bares.
Oprime con todas sus fuerzas los senos enterrados
desgarrados bajo las ruedas, las bailarinas y las gentes,
los pisotean cual pelotas
que los vientos arrojaran sobre las aceras de las calles
desvaneciéndose temblores, anhelos y emociones.
El amor se vuelve tentáculo de gusanos,
quejido de épocas.
Bosteza la ciudad una pasión,
muere cual ardor de fuego por su calor,
por sus cenizas, por su efímero humo.
Frase más oculta a los muertos que la tiniebla del bosque
repiten los cafés: “Ese despojo muestra sus fatigas”
Mientras te oyen gime
cual campana nueva sonando al alba
un eco de murmullos del Rif
sobre las chimeneas en vela:
“Cuando las respiraciones agitan
la cuna de las adormecidas espigas
y se desliza el gemido de un remo
cual afligida barca que fluye en sueños,
entrelazo mis manos con dolor”.

¡Qué lejos están las barcas de los amantes
 de un coche que corre con una prostituta!
 ¡Qué lejos las mesas del bar
 de una llanura llena de mesas bajo la luna!
 A tus muertos diseminados por cada ladera
 paz rodeada de lágrimas, ayes y penas;
 a sus nichos mudados en nubes, sus tumbas en sendas
 y su bondadoso sueño en duermevela,
 paz que añora la resurrección,
 cuenta los coches del camino
 y espera la cita del Señor.

21-7-1.

ANTE LA PUERTA DE DIOS

Postrado ante tu gran puerta grito,
 en la oscuridad busco protección:
 ¡Tú, que guardas las hormigas en las arenas
 y escuchas los guijarros en el lecho del arroyo!
 Grito como los truenos en las cuevas de las montañas,
 como el suspiro del calor al mediodía.
 ¿Oyes mi clamor? Tú, Bendito seas, ¿oyes?
 ¿Contestarás si oíste?
 ¡Cazador de hombres!
 ¡Aniquilador de mujeres! ¡Tú, torturador!
 ¡Destructor de fieles con lapidaciones y temblores!
 ¡Opresor de casas!
 Postrado ante Tu gran puerta
 siento quebrarse las ideas en la conciencia.
 ¿He de rebelarme, de enojarme?
 En tu santuario se agita un pecador.

Sólo deseo lo que ya poseo de la vida:
la tiniebla oprime la mies del granero,
mi campo cosechado florece al clarear,
sacudí su tierra entre mis manos.
¡Qué importa si mañana vienen
otros sembradores, otros cosechadores!
¡Qué los años dispersen tumbas y espigas!
Quiero vivir en paz:
al igual que una vela se funde en la oscuridad
con una lágrima muero, con una sonrisa.
Me cansé en el calor del mediodía
de pelear contra las olas y el pensamiento,
de velar noches junto a las palmeras, las lámparas
y las ideas persiguiendo las rimas
en una oscuridad de mares y desiertos,
en un extravío de dudas y locura.
Me cansé de mi incesante luchar
partiendo en pedazos mi corazón para alimentar al pobre,
para iluminar su choza con la cera de los ojos,
cubriéndola de viejos estandartes
que rezuman el perfume de la derrota.
Me cansé de mi última primavera,
la veía en el polen, las margaritas y las rosas,
la veía en cada primavera que surcaba los confines.
Me cansé de la falsedad de la vida
vivía el ayer rogando que llegara el mañana.
Me siento un actor del mundo de la muerte
al que los Hados desde sus tinieblas atrapan
al encender las velas en su gran teatro,
y él ríe al amanecer con su corazón lleno de canícula.
¡Me cansé cual niño al que agota su llanto!

Desearía dormir en Tu sagrario
pero mi manto es pecados y errores
y mi cama temblor de prostitutas,
rehusan tocarme Tus manos.
Quisiera verte, mas... ¿quién Te ve?
Corro hacia Tu gran trono
entre una procesión de pecadores y penitentes,
gritan nuestras voces rotas,
puñales que desgarran el aire con sus gemidos:
“Nuestros rostros desolados
cual si los dibujaran los niños en la tierra,
no conocieron la belleza ni el resplandor.
Terminó la niñez. Se apagó el brillo de la juventud
se difuminó cual nube blanca,
pero nosotros llevamos los mismos rostros,
rostros que no llaman la atención
cuando se dejan ver a otros ojos,
rostros que no dejan ver nuestras almas
y no reflejan su hondo sentir.
Hacia Ti, que haces brotar la belleza, extraviados
erramos entre jardines de rostros. ¡Ay
de un mundo que ve los lirios del agua sobre la superficie
y no ve las madreperlas en el fondo
ni la perla solitaria en la concha!”

Postrado grito, muerdo las piedras:
“¡Quiero morir, oh Dios!”

26-8-1961

LA NUBE EXTAÑA

La prostituta pagada y humillada
 es más generosa que mi amada.
 Al atardecer fui
 a abrazarla... pero abrazaba al aire
 que soplabla desde el polo sobre el mediodía,
 besaba el vacío de sus ojos.
 Me sentía el Quijote que, al crepúsculo,
 galopando tras su larga sombra,
 atraviesa las espigas rotas
 creyéndolas enemigos.
 Abracé un cadáver blanco,
 me envolví dentro y su tumba
 se alejaba en su interior.
 Recogí una roca maciza
 que me ata a la tierra fresca.
 La levanto para que bese a Géminis.
 El amor que regala, que ofrece cuando quiere,
 es cual fuente que se derrama, no cual pozo,
 es cual fuego que surca hacia ti el cielo
 no cual chispa de mecheros.
 Busco más,
 hallo mi sangre cual nube que regresa al mar.
 ¿Sabe la nube atronadora, relampagueante, estruendosa
 que su agua se tornará nube, la derramará,
 la ofrecerá al alba,
 y la reencontrará al atardecer?
 Quiero recoger, besar la sangre
 que se derrama en los labios
 cual corazón que besa.
 El cuerpo muerto no siente cómo el gemido de Dios
 penetra cual cuchillo cuando mata
 para que reviva la vida en el asesinado.

Quiero quemarme cual incendio de Aquiles¹⁸:
el corazón, las manos, los tobillos
y que un ardor consuma al fuego de mis ojos.
Si lo que sentía la amada hubiera sido
dolor y torbellino... y no vacío,
yo no habría sido cual nube extraña
que truenas hasta incendiar el aire
sin cesar
y no deja responder a la tierra.

Basora, 22-12-1961.

LA CASA DE MI ABUELO

Apagadas están sus muchas ventanas
la puerta de mi abuelo está cerrada,
su casa espera.
Llamo, ¿quién contesta?, ¿quién abre?
Me responde la niñez, la juventud que regresa.
Me responden las jarras secas, sin agua, ya no susurran
“Buwayb”, tan solo esparcen polvo.
Apagados están los soles y las estrellas.
Las tres décadas desde que latí a la vida
en la casa de mi abuelo se agolpan cual nubes
en cuyas mejillas se condensaran mares y aguas.
No nombramos la desolación de las tumbas,
los rostros de las ancianas
hablan con más lucidez
de las hoces de los tiempos
que las tumbas y los féretros.

¹⁸ Se refiere aquí el poeta a la leyenda que cuenta cómo Tetis inmunizaba a Aquiles exponiéndolo al fuego para quemar sus partes mortales después de haberlo ungido con ambrosía.

Cuando se vacían las casas de sus dueños,
de sus habitantes, con sus cantos, con sus quejas,
sentimos cómo el tiempo aniquila al girar.

¿Os añoro, piedras de la pared, adoquines,
hierro, asfalto?
¿Anhele hallaros como último deseo?
¿O es la niñez, mi infancia, la juguetona niñez, la felicidad?
¿Peno por la casa derrumbada,
por el patio desierto o lloro por sus habitantes?
¿O es que he visto en tus ruinas al patio
mirarme fijamente desde ti, desde mi sangre
sonriendo entre las piedras? ¡Ay! ¿Qué brote
permanece en ti? ¡El brote de la muerte!
Mañana moriré, pero de mí no quedarán
ruinas, como quedan de las casas:
no oleré la luz, no morderé el aire
no aspiraré el día, no me absorberá la tarde.

Se diría que mis pupilas,
que yo resucitase como Orfeo
las ruinas atrapan su pasión hasta el infierno
para que con sus propios ojos halle, descubra a Eurídice:
“¡Ay amado,
gemelo de la juventud, lirio de la dicha!”
Su camino se construye con nostalgia y cantos.
Los brotes de la eternidad abrieron sus cerrojos de muerte.
¡Qué cantos, mi niñez! ¡Huesos, polillas!
Como tu voz eran las aguas y la luz.

Mi infancia, mi niñez, ¿dónde... dónde está todo?
¿Dónde hay una vida cuyo largo camino
no limite un muro descubriendo un portón
que cual ojos de una ventana
lleve a las tumbas?
La existencia vibra con la vida: las aguas, las rocas,
la mota de polvo, las hormigas, el hierro.
Cada melodía, cada canción es nueva:
arar, sembrar, florecer.
Todo el que sonríe tiene su corazón,
todo el que habla tiene su corazón
todo el que se lamenta tiene su corazón.
La tierra no gira y el sol, cuando se oculta
descansa cual pequeño en su cuna.
El hombre sólo muere si un lobo lo devora en la tiniebla,
si lo arrebatara un demonio, el hombre no envejece
(los ancianos desde que nacen
tienen el pelo canoso, llevan bastones y barbas)¹⁹

En las noches de verano
cuando languidece la luna
y se marchitan las estrellas
en los albores de la aurora,
me levanto a recoger el rocío de los árboles
en una copa para atenuar la tos y la debilidad.
De tarde me fundo con las estrellas
mis ojos las espigan una a una
cabalgando por la luna nueva
en un barco... cual si fuera Simbad viajando:
mi vela son las nubes,
mi puerto un imposible,

¹⁹ Alusión a un verso de Hesíodo al describir la fase de la raza de hierro.

veo a Dios en la silueta de una palmera
cual halo difuminado en las tinieblas,
siento que dice: “¡Hijo mío, muchacho!
Te di la vida y la ternura. Las estrellas
las ofrecí a tus pupilas, la lluvia
a tus pies frescos. ¡Bebe la vida!
¡Trágala! Te ama Dios.”

¿Estos años se fueron?
¿Esta vida se desvanece?
Siento que me desvanezco,
estoy cansado,
muero cual árbol.

NOSTALGIA EN ROMA

Tu cuerpo dormita en mi mente
hasta que enloquecen las venas,
desnudo, se desliza en una eternidad
que el temblor traspasa: amanece
en las noches del deseo. Toda mi sangre
arde, jadea, estalla,
besan tu comisura mil bocas
que el fuego infernal germina en mi ser
y siento nostalgia, anhelo.

Siento tu perfume en mi alma
precipitarse, susurrar cual campana.

Y el banquete de tu cuerpo, ¡ah!
¡Cuánto lo deseo!

¡Oh alba de verano cuando refresca!
¡Oh calor de mi invierno! Besos que anhelo,
Vivo por ellos, muero por ellos, abrazo el ayer,
palpo el mañana.

Vuelve a mí ese instante para siempre.
¡Qué lejos está tu hogar! ¡Qué lejos tu mirada!

Mares

y montes de sangre: tiempo que se congeló
para volverse espacio. Enloquezco, me rebelo.

Siento tu perfume en mi alma
precipitarse, susurrar cual campana.
¿Qué la hace feliz y qué la aflige?
Mi tierra, la desnuda Asia,
desde Roma lloro por ella,
vivo recordándola
¿La amo porque estás en ella?

Con el hambre de tus pequeños, ¡patria mía!
sacias a occidente y a sus cuervos.
Desierto de sangre que aúlla, tiembla con frío,
bridas de caballos abandonadas,
casas jadeando sus ayes,
cementeros de muertos ahogados en llanto.

Siento tu perfume en mi alma
desplomarse, susurrar cual campana.
Si mirándote hubiera deseado a Europa
como patria, habría traído mi sustento,
habría cruzado sus puertos
y recorrido una a una sus calles
las habría empapado de sol y alimentado
con besos y brotes de rosas.

Pero tú estás en Oriente...

Volveré para acortar nuestra escalera de un salto
para unirme a ti, ¡anhelo eterno!
¡Luz del puerto que guía al corazón perdido!
¡Relato de cAntara²⁰ narrado ante el fuego que revivo!

Sentiré tu perfume en mi alma
agolparse, tocar cual campana.

Roma 19-10-1962.

LA MADRE Y LA NIÑA PERDIDA

¡Detente, no te ocultes, sol!
Sólo vienen con la noche
los muertos. ¿Quién guiará
al perdido hacia el hogar
cuando la tiniebla cierre
caminos que dan sus frutos
a la casa tras la larga aridez?
La noche estremece los corazones
de los niños con sus negros fantasmas
con llamas brillantes, murmullos y ecos
que se refugian en la sombra.
Tus rayos cual hilos del Laberinto²¹,
mi amor los une al corazón de mi hija
desde la puerta de mi casa, desde mis heridas
desde mis ayes.

²⁰ Ántara ibn Shadad al-Ábsi (aprox. 525-615). Es el modelo por excelencia del héroe árabe. Hijo de un noble y de una esclava, vivió como esclavo cuidando los rebaños de camellos de su padre. Su fortaleza física, su valor y caballerosidad lo llevaron a destacar en las luchas que su tribu mantuvo y a ser considerado un héroe. Mas no pudo obtener el reconocimiento de su padre ni el amor de su prima cAbla. A su muerte, asesinado, su vida se convirtió en leyenda. Entre los muchos poemas que él mismo compuso destaca su mucallaqa.

²¹ El hilo que Adriadna le da a Teseo y que le permitirá salir del Laberinto es el hilo conductor y salvador hacia el amor.

Pasó una eternidad de años:
miles de lunas y el corazón
cuenta los latidos de los hombres,
cuenta los astros de la noche,
cuenta las mochilas de los niños,
llora cuando vuelven
de la escuela y del campo.
¡Lámpara de mi corazón!
¡Consuelo mío en las desgracias!
¡Deseo de mi espíritu! ¡Hija mía!
¡Vuelve a mí! Aquí está la comida,
aquí el agua. ¿Tienes hambre?
Toma de mi carne
alimento. ¿Estás sedienta, vida mía?
Traga de mi sangre agua y vuelve... ¡Todos volvieron!
Pareces Perséfone acosada por una manada de fieras,
su afligida madre tiene menos penas y vanas ilusiones
que tu madre que no sabe donde te hallas.
¿En un ataúd?

¿Sobre un monte? ¿Lloras? ¿Ríes?,
¿Ataca el depredador o duerme?
Cuando muera el fuego de la noche
y el sopor amenace los párpados,
cuando el narrador indague en el fuego
hasta vislumbrar las copas del mástil
en la nave de Simbad,
hasta que la debilidad enmudezca su voz,
se oscurecerá mi sangre por ti, se densará,
me aplastará la sangrante tristeza.
Pasaron diez años, diez negros siglos,
pasó una eternidad de años desde que me paré a la puerta
llamé, sólo me respondió el viento en el bosque
desgarraba mi voz repitiendo... El camino se cierra
con acacias y uvas que las tinieblas respiran.

Tú eres cual luz que se fundiera
 en la peonza de la noche, cual gota de rocío
 que la tierra bebiera... Con miedo y dolor
 pregunto a todas las siluetas y sombras de la noche,
 pregunto a todos los niños:
 “¿Has visto a mi hija? ¿La viste? ¿La oíste pasar?
 Cuando camino entre el gentío
 empequeñezco cada cara en mi ensueño:
 eran sus párpados cual susurro del alba
 sobre arroyos embebidos de tinieblas
 Era su frente... Te siento entre el tumulto
 apartada. ¡Ay si pudiera verte y pudieras venir!
 Ahora estarías en la aurora de la juventud,
 su zumo cruel penetra en tus venas,
 mordisquea tus senos, tu boca,
 extiende a tu alrededor su perfume,
 y tu humilde corazón sueña entre luz y tiniebla
 con algo que si pudiera encarnarse
 contendría la muerte y el regocijo.
 Y recuerdo que este penoso mundo llena su copa cruel
 con hambre y dolores, pobreza y enfermedad.
 ¿Eres una mendiga suplicando
 a las generaciones con tus ojos?
 ¿Eres una boca necesitada de comida
 que busca por caminos de tiniebla?
 Miro los rostros de las mendigas
 mudados por la delgadez,
 demacrados por el hambre,
 te veo en ellos, contemplo las manos
 extendidas, siento que mi mano...
 Mi mano muestra el frío azul
 sobre miradas ausentes, giradas a un ídolo,
 y allá donde posa sus ojos
 se congelan súplicas y fluye la sangre.

Grito: “¡Dios mío!” El sofoco asfixia mi voz
con un hilo de sal y agua.
Eres pena en mi boca
y en mi corazón,
eres luz que se dispersa,
se extingue sin esperanza
y me deja buscándola entre tinieblas y ecos.

Basora, 6-10-1961.

LA FALSA PROFECÍA

Se agolpaban en mi pensamiento
hilos brumosos, sombríos,
en el espacio flotaban sus contornos.
Sus venas negras penetraban mi mirada.
Giraban unos hilos, se enrollaban otros
abrazaban un horizonte
insinuando nubes arremolinadas al viento.
Desde cada punto se agrupaban truenos y relámpagos:
¡Han irritado los pecadores a la divinidad!
¡Se impone el castigo!
¡Caballos de Dios, deteneos!
¡Caballería de fuego y nubes!
Entre los golpes de los cascos vive el trueno,
el rayo azul en el horizonte.
Vuestro relinchar es reflejos de llamas y tormentos.
La promesa, ¡llegó la promesa!
¡Puño de Dios! ¡Tempestades!
¡Truenos! ¡Centellas!
¡Agitad lo que construyeron los tiranos
con vuestros fuegos aniquiladores!
Se agolpaban en mi pensamiento
hilos de nubes,
se arrojaban al horizonte circular
detrás de las cúpulas:

Siento que las nubes son una espera,
una espera que tensa la tierra
y devuelve en eco... ¿qué?

La voz de un estallido
fluye sobre la orilla, levanta chispas.
Cubro con mirada maliciosa
los silenciosos ojos de los tragaluces:
se destruirá un muro, se derramará un fuego.
Tras una espera
la tierra reunió sus capas celestes:
se destruirá un muro, se precipitará un fuego,
destilaron las nubes sus venas.
¡Un lluvioso huracán humedeció la tierra fresca!

Yaykur 3-11-1961.

CIUDAD DEL ESPEJISMO

Crucé Europa hacia Asia
mientras se ocultaba el día.
Se diría que los montes y los mares
fuesen colinas y riberas de la acequia
donde saltaran los niños.
Del alba al ocaso
se abrazan norte y sur,
duermen las praderas en los desiertos.
Tú, mi amante, te asemejas
a las estrellas lejanas,
se diría que entre nosotros
hubiese un muro de sueños.
Mis manos te abrazan,
exprimen un cadáver inerte,
como si abrazase mi sangre sobre piedras
en una casa cuyos ladrones fuesen los vientos;

el mediodía, las nubes,
su tarde la quietud y las estrellas,
y su aurora una espera.
Los años se extienden ante nosotros:
sangre y fuego,
les tiendo puentes
pero se vuelven un muro.
Y tú sigues en el abismo
de tus profundos mares.
Me sumerjo sin tocarlos,
me golpean las rocas,
descarnan las venas de mis manos,
grito: “¡Wafiqá!
La criatura más cercana a mí
eres tú, compañera
de los gusanos y las sombras”
Durante diez años he caminado hacia ti,
amante que duermes
conmigo detrás de su muro,
duermes en su mismo lecho,
y no tiene fin mi viaje
hacia ti, ¡ciudad del espejismo!
¡Ah de su vida destruida!

Crucé Europa hacia Asia
mientras se ocultaba el día,
tú eres mi amante, ciudad alejada
cerradas están sus puertas,
tras ellas me detengo a escuchar.

Basora 2-11-1961.

PROFECÍA Y VISIÓN

“Profetizó un adivino hindú que la vida sobre la tierra terminaría el 2 Sabat de 1962”

Tu constante profecía me castiga,
 aniquila mi espíritu,
 tu terrible profecía, adivino, me hace llorar.
 Viste temblar por millones
 las órbitas de los astros,
 leíste los pensamientos del viento,
 sentiste susurrar las tinieblas
 campo que rompe a sollozar:
 “Se apagará la vida”.
 Comenzaste a dibujar la cita del Destino.
 Cuando me golpeen las llamas
 les gritaré: “Mañana moriremos.
 ¡Derramaos sobre la humanidad!
 Es más fácil que yo perezca bajo ellas,
 solo, sin queja ni gemido,
 que el espantoso destino arrastre a miles de vivos”
 Pero clamo al día y oigo al adivino
 amenazar: “Perecerá quien se oponga, arderá”
 Una locura bebe de mi sangre.
 Ayer cuando me acosté
 vislumbé entre la sombra mortal de mis sueños
 visiones donde se sucedían alientos entrecortados.
 Desperté y seguían iluminando mi mente,
 desencadenándose cual volcán que erupciona
 en las tinieblas de una noche sin vahos,
 sin luna aunque mengüe. Casi perezco aniquilado,
 casi desgarro la sangre en mis venas
 al estremecerse mi espíritu perplejo...
 casi abrazo la tumba.

Veo el horizonte y la noche
cubriéndome desde el balcón.
Mi esposa y yo, en silencio,
quietos junto a la barandilla
alzamos la vista al cielo
y prohibimos a los niños mirar
lo que encierran sus terribles tinieblas
sobrecogidas de infierno.
Se apagan las estrellas cual chispas al caer,
se apagan bajo la cola del viento
trenzadas en una serpiente alada,
cual vara que dirigiera las estelas
de los astros a un desierto de tinieblas,
y bajo nosotros jadearan los ladrillos
deslizándose sin fin...
Se desvanecen con el alma
encogida gimiendo de dolor
para derrumbarse al debilitarse y desplomarse
tinieblas esparcidas de fuego.
¡Hijo mío! Tuyo es mi pecho,
oculta aquí tu cara de niño
¡Hijo mío!, ¡sssss! Te contaré... ¿qué historia?
Estalló la burbuja, terminó de golpe la eternidad.
¿Por qué viniste al mundo?
¿Para que tu vida conozca la noche?
¿Para que vivas cuatro años y veas al tiempo
detenerse sin comprender lo que ves? ¿Qué vivas
ignorando que tu muerte es tu resurrección?
¿Que para el mundo el final de una escalera
conduce a la soberanía de la eternidad?
Tu corazón ¡Ay!... ¿Quién lo asusta?
Tu llanto y tu temor comprometen a Dios.

Por ellos Le imploro el Día del Juicio:
 ¿Deben ser humillados los niños
 para gozar de la aflicción de los padres?
 ¿Alegran Tu corazón las esperanzas
 que se frustran?

Casi cae Su corona por mi grito,
 Su trono se derrumba, se desploma,
 a su lado se apagan eternidades e infinitos.
 Su corazón destila dolor por el hijo de Adán y se agrieta.

Bagdad 26-11-1961.

TE FUISTE

Te fuiste. Se alejó detrás de ti el día
 cual ocaso
 como si de sus hilos dispersaras una estela de oro.
 Amenazaron los senderos con romperse
 como ellos me quebré,
 y en mi sueño se nubló el sur
 abrumado por el otoño.
 Se desnudaron las vides,
 los arroyos se extinguieron y el susurro
 murió en las copas de las palmeras, los caminos,
 en su silencio, esperan.
 Alcoholó tus ojos el negro de un fuego que
 creció en tu corazón, desde los brotes de los senos,
 me grita cuando miras: ¡Tú, encendida
 eres un volcán de rosas!
 ¡Ojalá hubiera atado tus ojos al día,
 a un mañana sediento de mi sangre!
 ¡Qué cielo incendiaron las estrellas al temblar!
 Se densó la oscuridad por el rocío de la lluvia.
 Me miraste desde esa quietud tuya semejante a las nubes
 que cuando grisean esconden las flores.

¡Oh mirada! Su ardiente viento me arranca
 hacia las verdes orillas de un río
 donde me ahogo. Ilumíname y apaga la llama.
 ¡Oh mirada! Mi corazón tensa una cuerda al cielo,
 su amargo son entona la canción de la luna!

20-1-1962.

Río

¡Oh, Río! Volvió a ti desde más allá de las tumbas,
 desde la desolación de los muertos
 tu pastor en el tiempo lejano.
 Posa la mirada triste en tus orillas
 y pregunta a los árboles por su pasión.
 Sus hojas cayeron, volvieron a brotar,
 el otoño las marchitó,
 mudaron veinte veces.
 Desde lejos oye, angustiado en las tinieblas,
 ecos de quejas que ayer dejó
 sonando junto a ti en la campana del murmullo.
 ¡Cuántos besos ocultos
 formaron ondas en tus aguas!
 Su mundo estaba ayer en ti,
 ¿volverá a la vida
 deseando, enamorado de tus aguas, ser
 sombra donde jugueteen sus espíritus²²,
 suspendida en la vela de cada nave
 para que el marinero se dispute sus canciones,
 busquen refugio las luces de los astros en su pecho
 y bailen las olas entre sus risas?
 ¡Qué decepción para los muertos
 cuando regresen al viejo mundo!

²² Lit. 'Yinns femeninos', variedad de espíritus de origen Mesopotámico.

Y a hurtadillas miren cual fugitivo mira
a través de los tragaluces de una casa,
ve los frutos de las brasas, su jugo es calor
pero su perfume se baña en miseria.
¡Qué decepción para los muertos!
La derrota apenas cambiará su muerte
en algo más amargo que la vida.
¡Qué decepción para los muertos!
Cambiará todo, todo
lo que dominaba sobre la vida porque eran su tragaluz.
¿O murió con ellos lo que sabían?
¿No hay otras visiones?
Sufrieron el dolor de la separación,
el dolor de emigrar dos veces a orillas del río.
¡Ah de sus olas y madreperlas!
¿Cuáles quedaron en ti del ayer de la pasión?
Las ramas entregaron a la vejez sus hojas
mientras a tu lado oía su diálogo,
mientras les confiaba, de mañana,
nuestros besos y ocultaba en ellas su fuego.
Me desvanecí en las tinieblas
al igual que ellas se desvanecieron...
¡Ojalá tuviera labios para besar
o manos para palpar tu agua!
Me siento más extraño que un emigrante
más confuso.
En ti no queda sino tiempo,
no posees una gota
del agua del ayer. Se diría que tu alba
antes de clarear fuese tu tarde,
se diría que tu amada orilla fuese
la orilla de la eternidad lejana.
¡Oh río! Si vinieran a ti Hala
y la serena primavera de Abril.

Su juventud pasó
 temblando ante la madurez,
 soñaba con rosas
 que el hielo oprimía
 cual manantial entre tumbas
 cuyas venas absorbieran su sangre.
 Di: no se ha olvidado tu tiempo
 aunque esté envuelto en sus sudarios.

Abu-l-Hasib, 2-2-1962.

EL CLAMOR DE LOS PATOS SALVAJES

Se dispersa por el largo silencio de la mañana
 una llamada del gallo que no chirría.
 Su eco agita las hojas de las palmeras
 y nuestra apagada ventana se ilumina.
 Una llamada que oímos desde la infancia,
 hasta que morimos la oímos
 pasar por los umbrales de las casas
 señalando sus puertas y alcobas
 y sigue incluso
 cuando los campos se orientan
 hacia nosotros para cosechar sus frutos.

De mañana, cuando se derrama el cielo
 sobre el barro y la hierba seca,
 desgarrar los brotes del aire hacia nosotros
 un clamor, un llanto, un canto, una llamada,
 anunciando a nuestras estériles playas
 que la lluvia
 sobre el desierto del viento desplegará las velas.
 Son los patos... ¡Alegraos, velas,
 de una muerte por la que conoceréis la vida,
 por la que conoceréis la sonrisa de las lágrimas!

En vosotras se funden las ofrendas de los santos.

Un clamor... Se diría que el clamor
 anunciara entre vientos que se pliegan,
 llanuras infinitas.
 Sus flores, en las tinieblas, son aullidos,
 de día son espliego, margaritas,
 sellados están sus bordes...
 Anuncia en una soleada orilla
 de espeso cañaveral,
 un bosque de alargadas ramas.
 Un clamor que, cual campanas de agua...
 cual campanas de un campo de narcisos,
 canturrea, el sol se detiene a escuchar, diciendo
 que la lluvia
 se derramará a cántaros
 antes de que se plieguen las alas,
 antes de que termine el viaje...

18-3-1962

EL TEMPLO SUMERGIDO

Los caballos del viento relinchan.
 Los puertos, toca el ocaso
 sus mástiles con un sol de sangre.
 Las ventanas del bar,
 tras sus grietas bailan las lámparas.
 Se arremolinan los bebedores con una chispa de temor
 unidos entorno a una botella,
 vuelven sus oídos hacia el ruidoso alboroto
 junto a las ventanas de la tasca.

Habla, susurrando con ojos saltones,
 estremeciéndose a cada trago,
 un anciano de abundantes tinieblas y espesuras.

En medio reluce la luna del lago besando las columnas...
palpando la puerta dentro de este templo vacío
que el agua envuelve en la oscuridad del lago
entre malezas y espesuras.

Allí, hace un milenio,
cuando arrojó su fuego infernal
una boca por la que se descubría
el volcán y la fiebre sacudió
piedra a piedra el lecho del río,
la matriz del lago estalló en llamas
dispersando peces y sangre
veneno espumoso.

Permaneció el pecho de un templo
que la fiebre arrasó.
Su brasa se apagó en los incensarios,
pero el oro relució,
las perlas y los zafiros brillaron cual frutos de luz,
estrellas en un cielo de agua,
debajo reptaban las nubes,
encima se revolvía el cocodrilo.
Emergió sobre el muro
para custodiar su eterno tesoro
incluso de las tinieblas y la luz.

El pulpo ancló el faro de una muerte
que acechaba la puerta,
en su ojo torvo reposó una aurora eterna...
Se burlaba del tiempo,
pasaba noche tras noche sin ocultarse
¿Por qué se engaña el humano mortal
con este presente siempre ligado a la muerte?
¿Puede vivir mil años?
¡Si tan solo viera a las criaturas
surcar la almena de la eternidad!

¡Si tan solo viera a las tortugas!
 El mundo aniquila a sus césares,
 mientras su coraza detiene las flechas de la muerte
 que el tiempo les dirige.

Quien vive
 surcando las eternidades con su corazón,
 al fin la debilidad invade su espacio.
 Luego calla, su vida es un infinito de bordes
 palpando la infinidad de seres de este mundo.
 Allí un millar de los tesoros del mundo sumergido
 saciarían a mil niños hambrientos,
 borrarían miles de dolencias,
 salvarían a mil pueblos de la mano del verdugo
 si pudieran elevarse al firmamento de la conciencia.

¿Todo esa riqueza en el mundo de los esclavos
 y no se liberan? ¿Cómo hacerlo, si el dinero encadena sus cuellos
 llevándolos hasta la enfermedad?

Se diría que el agua en el centro del lago
 detuviera el tiempo
 para que no invadiera sus entrañas,
 para que no se adentrara en las alcobas.
 Se diría que sobre el umbral de la puerta
 un talismán no durmiera,
 que fuera eterna vigilia, no muerte
 que defina los bordes de este presente.
 Se diría que velase a los sacerdotes una fuente
 que desde el corazón del agua se derrama por las alcobas.

Ulises no regresa de su viaje hacia los suyos
 su vela palpitante siembra olas hirvientes,
 incesante cuenta y cuenta los meses
 hasta que el dolor lo quiebra.
 ¡Ulises!... Envejeció tu hijo,
 la ardiente boca de tu esposa

se tornó leña. ¿Por qué vuelves
hacia los tuyos recorriendo la ola más dura?
¡Ven! El agua de Cini²³ esperándote
apresa nuestros alientos
no la hiere el picotazo de un ave
ni la agitan las yemas del hálito.

¡Ven! Allí una bestia te sueña solo, sin gente
teme que hiendas su ojo rojizo en tinieblas,
que sus tesoros vírgenes
pidan a tu vela el palpitar de la brisa.
¿No te afligían en Troya los gemidos de heridos
y agonizantes?

¡Ay de una sangre derramada que ensucia los muros
y devuelve barro a su tierra sedienta!
Le devuelve una herida
grande, única, una herida que se abre
a las entrañas del hombre
para gritar al cielo.

¡Ay de una voz que devuelven
ventanas de alcobas y muros!
“Por una mujer sin pudor,
por la pasión de quien se corona con venganza
hasta la escala de la necesidad se tiñe con la sangre de la vida;
se detiene sin tiempo nuestro día,
las vidas se igualan
cual sembrado que una hoz nivela...”

Aquí en el crepúsculo
nuestras mujeres, viudas plañen,
los niños gimen por las sendas del horizonte”

²³ Tasik Cini es una serie de doce lagos en el centro de Pahang (el mayor estado de Malasia) Cuenta una leyenda que en el fondo del lago vive un dragón. También habla de una ciudad perdida que se halla hundida en él. (N.T.).

¡Ven! Vi, como tú, sangre y despojos:
 en mi país estalló un caldero
 que llenan de fuego
 épocas de hambre y miseria.

¿Qué vomitó la creación?
 Vimos que los corazones de los tártaros
 y los lobos de las cuevas
 eran más tiernos que los miserables que aniquilan
 las miradas de los niños, que abrasan con fuego
 los bordes del pezón virgen.

Río de rencor

se desborda por puñales y varas con ojos coléricos:
 estrellas del cielo que Caín tensa con su sílex.
 ¡Ojalá, cuando las épocas zarandean a Mosul
 (no hay un solo camino
 una sola casa, una sola tumba a salvo),
 vieras los ojos coléricos!
 ¡Ojalá viajaras en un tren que pasa al respirar el alba
 y corta sogas sobre el lecho tendido de sus raíles!
 De su margen pende un cuerpo
 del que la mirada siega
 sin cesar una herida tras otra
 para que perezca el cuerpo de Hafsa²⁴
 vestido sobre sangre, sangre
 y cuerdas.

¿Por qué tememos en el centro del lago, en sus márgenes,
 tiburones feroces o cocodrilos de afilados dientes
 ardiendo en llamas? ¿Por qué temes lo que encierra?
 Los escorpiones de Raqqa²⁵, su veneno oculta la muerte

²⁴ Una de las víctimas en las matanzas de Mosul (N.A.).

²⁵ Líder del movimiento anarquista iraquí, en prisión por siete delitos. (N.T.).

mientras siembran en los cuerpos flores de sangre
y heridas sin sangre que arda.

¡Ven! Crucemos por Pahang²⁶ el campo de agua con remos,
dispersemos las estrellas de las tinieblas
que abatimos hasta el abismo,
guijarros que el ojo no distingue de sus brillantes turquesas
ni de sus perlas pobladas de oscuridades.

Espantemos al pastor,
apresta a los corderos al corral
temeroso de que se despeñen por el abismo.

¡Ven! La lejana noche de Asia,
desde sus inmensos horizontes, nos llama
con voz de sopor, de muerte, salmodia de sacerdotes.

¡Ven!... El tiempo sigue en nuestras manos.
¡Ocultémonos en sus tinieblas
antes de que el sol sin colores surja
dispersando el mundo de los sueños,
silenciando al sonar su oro
la salmodia de los sacerdotes!

Sus pepitas giran cual fiera
que comiera a los muertos
bebiera de la sangre de los vivos,
robara la comida de los niños
para prender el infierno en sus ojos,
para prestarle una voz
que destruya la voz de todos los profetas.

¡Ay del gemido de las argollas!
¡Ay del eco de los relojes!

²⁶ Río que desemboca en el lago de Cini. Sin duda se refiere al río Basin en cuya cuenca hidrográfica se halla el estado de Pahang. (N.T.).

Tocan las cabezas de los niños entre sudarios,
 mellan los cuellos de los amantes, ocultan en el beso
 cuchillos con vahos de muerte, tornan los dedos de las manos
 falanges descarnadas, mudan los velos de las bombas
 en láminas cubriendo cadáveres sin piel.

¡Ven! Ya no vislumbran los Magos
 la brillante estrella a la que tienden
 sus manos.

No llenan Hira²⁷ ni su aurora versículos ni suras.
 ¡Ven! Zéus sigue tiñendo la cima del monte
 con su vino, enviando a mil águilas
 de ojos chispeantes para raptar al escanciador²⁸
 que lleva copas de rubio
 y miel.

¡Ven! Visitaremos a los dioses del lago,
 los alzaremos para que habiten la cima del monte.

Basora 17-2-1962.

SOMBRAS DE YAYKUR

Fuente de sombras, de flores
 y de pájaros...
 Yaykur, Yaykur, ¡fiesta de luz!
 ¡Arroyo de mariposas que perseguimos
 de noche! En el mundo de los sueños y la luna
 se anuncian alas más húmedas que la lluvia
 a primeros de verano.

¡Puerta de leyendas!
 ¡Puerta de nuestro nacer ligado a la matriz!
 ¿De dónde te trajimos? ¿De qué destinos?

²⁷ En la cueva de Hira, situada en el pico Jabal al-Nur en la región Hijazi (Arabia Saudí) Muhammad recibió sus primeras revelaciones de Dios a través del ángel Gabriel.

²⁸ Ganimedes es el joven griego al que Zeus envía águilas para que lo rapten y para que él a los dioses. (N.T.).

¿De qué tinieblas?
 ¿Qué tiempos surcamos en la noche
 para llegar a ti avanzando desde la nada?
 ¿O desde una vida que olvidamos?
 ¡Yaykur, toca mi frente! Está ardiendo.
 ¡Cúbrela con hojas de palmeras,
 con espigas suaves!
 ¡Extiende sobre mí oscuras sombras que, arrastrándose
 de noche, oculten mi mediodía en sus bóvedas!

Sombras de palmeras, sombras de árboles
 más refrescantes que el alba
 en una orilla donde duermen el agua y las nubes...
 Sombra cual pestañas de un niño al que vence el juego
 fuente cuya agua es luz de luna,
 desearía que fluyera por mis ojos
 hasta sentir el temblor del sueño
 manar por mi espíritu y derramarse.
 Fuente de sombras, de flores
 y de pájaros...

Yaykur... ¿Qué sucede? ¿Caminamos por el tiempo
 o es el tiempo el que camina
 mientras nosotros estamos quietos?
 ¿Dónde está su principio
 y dónde su final?
 ¿Transcurrió ya su mayor parte
 o se desvaneció su menor dilatada en la pena,
 o juntos caminamos entre malezas
 donde vivieron otros en las polvaredas?
 ¿Existía Yaykur antes de ser Yaykur
 en el espíritu de Dios... en una fuente de luz?
 Yaykur, ¡extiende un manto de sombra y flores!
 ¡Cubre con él la puerta de mis ideas para que las olvide!
 ¡Oprime las ramas del sueño con frutos,
 melocotones, higos, uvas, desnudos de su fría cáscara!

¡Vuelve a mí, que perdí mi vida,
 días de placer!... ¡Cabalga tras caballos
 que galopan por los relatos del Rif en las veladas!
 ¡Devuelve a Abu Zayd²⁹, a los fieles
 seguidores en su misión
 que no regresaron!
 ¡Devuelve a Simbad! Lo arrojó a islas
 frecuentadas por el ave roc³⁰ un viento de cuerdas.
 Yaykur, recoge mis huesos,
 sacude de mi sudario el barro,
 purifica en el arroyo que fluye
 mi corazón que es una placa sobre el fuego.
 De no ser por ti, patria mía,
 de no ser por ti, mi verde paraíso, mi hogar,
 no hallarían mis cuerdas vocales
 un viento que llevara mis gemidos y mis versos,
 si no fuera por ti, la faz de Dios no sería mi Destino.

Sombras de Yaykur, fuente que fluye por mi mente,
 en ellas se empapa el eco de mi espíritu...
 A su sombra ansío el encuentro,
 sueño con viajes, vientos
 y el mar, su sublime estrépito lo perforan
 las miradas de los peces
 cual fragmentos de estrellas cayendo,
 cual lámparas de difuntos
 que las manos de las doncellas cambian sin cesar.
 Sombras de Yaykur que anhelo,
 se diría que se filtraran por la carcomida tumba,
 por la tumba de mi madre.

²⁹Abu Zayd Ibn Rizq al-Hilali, líder de la tribu taghlibi de los Banu Hilal. En el siglo X, por orden del Califa desplazó a su tribu hasta Túnez para castigar a los Ziríds. Los hechos se recogen en una epopeya.

³⁰Ave gigantesca perteneciente a la mitología persa y mencionada por en uno de los viajes de Simbad.

Sus cansadas costillas, sus ojos se alzan
desde la tierra de Yaykur...

Velan por mí y yo velo por ella.

Yaykur, 17-3-1962.

EL POETA MARCADO

“A Charles Baudelaire”

Llevas a la lucha tu espada oxidada,
se agita en una mano que casi abrasa al cielo
con su brillante y enardecida sangre
queriendo desgarrar al aire.
Reúnes a las mujeres
en una mujer, sus labios son sangre sobre hielo,
su cuerpo engañoso y necio
es una víbora caminando,
almohada sobre el lecho...

No quieres
abrir los tragaluces para que entre la luz,
para no sentir que es el vacío.
Oriente alza ante tus ojos los velos,
abrazas la belleza junto al trono de Dios,
la ves relucir en una nube de fragancia y luz.
La ves en el pezón de un seno
que incendia las estrellas
con su brasa...

La muestras saliendo de una tumba,
la arrastra la nube de humo.

Junto a su sombra pobre y fugitiva, duerme
 un príncipe rodeado de copas y esclavas,
 su grandiosa morada en ruinas
 es una de las islas del coral,
 se asemeja al mar que purifica a Lesbos³¹ con salobre.
 Tu espíritu lo bebe desde el eco al abismo
 cual si Safo te hubiera heredado el fuego de las venas,
 y tú no abrazaras sino tu sueño eterno
 como quien abraza su espectro asomado a un cristal:
 ¡Fuego de Narciso, de Tántalo, de sus frutos!³²
 Se diría que la perezosa y lánguida África
 (sus ríos caudalosos, sus atabales,
 sus espesos bosques de sombra y lluvia,
 su húmeda sequía... su luna)
 se redondease en una mujer sin honor
 de la que mamaras veneno y llamas
 goteando tu extraña pócima...
 Se diría que desde la nube de humo y estupor
 te alzaras entre un mundo que los latidos del oro tensan
 y un mundo de imaginación y pensamientos,
 desde un muro de embriaguez
 a su sombra te acurrucas
 sin que te hiera la humanidad.
 Entré por tu pecaminoso libro
 al huerto de la sangre que arde con las flores,
 bebí el néctar de sus letras,
 senos de una loba en las estepas,
 su leche es furia
 y su sombra fecundidad.

³¹ Isla cercana a la costa de Turquía en el mar Egeo, famosa por ser la patria de la poetisa griega Safo (650-580) (N.T.).

³² Narciso se enamoró de su propia imagen. Tántalo, hambriento, ve acercarse una rama cargada de frutos, pero cuando está a punto de comerla, el viento la aleja. (N.T.).

Me sumergí,
las olas me golpeaban arrojándome
de una orilla a otra vieja orillas.
Desde su abismo cargué
la madreperla del castigo
te la llevo a ti.
¡Tiéndeme las manos!
¡Aparta las rocas y la tierra!

Basora, 24-3-1962.

PORQUE SOY UN EXTRAÑO

Porque soy un extraño
porque el amado Iraq
está lejos y yo tengo nostalgia
de él, a él... le grito: "¡Iraq"
Al llamarlo regresan a mí sollozos
que el eco desgarran.
Siento que he atravesado el horizonte
hacia el mundo de la muerte
que no contesta a mi llamada.
Si agito las ramas
no cae sino muerte:
piedras,
piedras y no frutos,
incluso las fuentes
son piedras,
incluso el aire húmedo
piedras
que un poco de sangre humedece.
Piedras es mi voz,
rocas es mi boca
mis pies,
un viento que surca los desiertos.

Beirut 15-4-1962.

Por las rocas, por cada manga del abrigo, por ventanas y cortinas,
por los ojos de tu hijo, mártir, que preguntan sin respuesta
por ti a la familia, a los caminos, preguntan al Hado,
desde que la madre lo vistió con tu ropa de batalla, la favorita.
Sus manos se pierden entre las mangas, el pequeño pecho
en tu pecho paterno es una tempestad oculta por las nubes
y mira fijamente a la mujer.

Entre las ropas distingo tu figura.

“¡Hijo mío! Era tu padre fuente de llamas, de hierro,
muro de sangre y truenos.

Lo arrojó al Más Allá el opresor. Cayó, ¡ay! cual brasa,
pero su mirada se dispersó, perforó los sellos de los horizontes
e iluminó el rostro del guerrillero rezumando sangre y pus
como si en el espacio árabe surgiese un rayo deseándolo”

Respiró el mañana en el huérfano, extendió el sol por sus ojos,
miró la tumbas, despertaban sus muertos a millares
con sus sudarios desgarrados...

Entre ellos uno lo ataba a su pasado
gritando: “¡Venganza!... ¡Venganza!...”

Cada desfiladero devolvía el eco,
resonaban las bóvedas por mezquitas y alminares con la llamada.
Duerme tu hijo soñando con cementerios y sangres.

Basora 9-3-1962.

HUIDA EN EL AÑO 1953

Una noche con arterias
de carbón y tierra de sepulcros,
su barro devoraba nuestros pies
persiguiendo al agua,
a una vela que rasgaban los truenos
sobre un barco sin luces,
en la otra orilla.. ¿parecía que Irak
decía : ¡Bienvenidos, hijos míos!?
Pero nosotros, míseros, no volveremos.
¡Ay! si tuviera un cigarro en mi boca,
si tuviera dinero... si un abrazo, caricias,
habría una hoja verde o un brote
en mi tierra ebria con la visión de un mañana.
Tenemos una cita con el mañana
a pesar de las tinieblas... ¡Oh, Irak!
Tras la orilla, entre palmeras, el campo
dormita en un sueño largo, largo,
allí bostezan sombras que fluyen
cual agua entre agua y verdor.
¡Ojalá mi tumba estuviera en una de sus colinas!
¡Ojalá no dejara de jugar en el campo de Yaykur
del que nunca se aparta la blanca y verde primavera!
La llanura se humedece, las colinas florecen.
Se apagan los sueños en mis pupilas
igual que un brasero de ceniza.
Un susurro cual espina se clava en mi frente
advirtiendo a los viajeros de la noche sobre corceles,
los cascos de los caballos son clavos de fuego
que pulverizan el féretro de las tinieblas y del día,
una noria vigila las vides de las márgenes,
el barro del miedo oprime los pies sangrantes
del fugitivo... se suceden las dificultades.

¿Huir de mi país? ¡Qué humillación!
Tiembla el agua, parte la nave
y sopla el viento desde poniente
mostrándome la senda...
llevando desde su tumba polvo de barro,
llevando a Yaykur hacia mi corazón.
¡Viento! ¡Viento!
En ti se encienden luces
de las noches de Yaykur,
iluminan la tiniebla de la nave
para que yo vea los ojos cual luceros
agolparse a mi alrededor,
para que los vea enternecerse.
Los astros de la orilla son grandes flores,
casi puedo ver sus tallos
esparcidos en el agua tocando el fondo,
el alba del verano recoge sus colores
cual si rostros de huríes se desvanecieran
llevando las penas de la pasión y la vida,
cual lirio de fuego y agua.

Basora 21-3-1962.

YAYKUR ENVEJECE

Siempre que sacudo el polvo del rocío de su hierba
 siempre que beso en la boca las nieblas que la envuelven,
 llego a Yaykur, y la claridad
 siembra de sol cada campo, cada tejado
 cual tallos de trigo.

Mi corazón huye hacia ella
 cual pájaro hacia su nido al poniente.
 Quien ha perdido su vida,
 ¿puede recuperar cada herida,
 cada sonrisa?

Después de apagarse la llama
 ¿pueden prenderse las cenizas?,
 ¿por dónde?, ¿de qué brasa?
 ¡Mi infancia! Su existencia era
 fragancia, esplendor, orgullo...
 Mi día era como un año,
 la alegría contaba
 los latidos de mi corazón
 estallando sobre cada flor.
 La tierra hallaba su niñez por primera vez...
 su Caín era una semilla escondida...
 La tierra tenía corazón,
 lo sentía por los caminos,
 por los jardines,
 por cada río que regaba a sus hijos.
 ¡Ay Yaykur, Yaykur...!

¿Qué tiene la alborada como el ocaso
 que arrastra la luz cual ala débil?
 ¿Qué tienen tus chozas despobladas y afligidas
 donde las sombras encierran sus lamentos?
 ¿Dónde, dónde están las niñas
 susurrando entre palmeras
 una pasión cual fulgor de extraños astros

Yaykur, ¿oyes mi pregunta?
¿Vives oculta en mis recuerdos
o eres tú su tumba? ¡Resucítalos!
¡Resucítame!

¡Qué absurdo! ¡No puede volver la niñez!
Mi pasado es mi tumba
y yo soy la tumba de mi pasado.
¿Morir prolonga la vida triste?
¿O vivir prolonga entre lágrimas la muerte?

Siempre que sacudo el polvo del rocío de su hierba.

Yaykur 2-4-1962.

ARDOR

Hasta cuando fundo
tu pétreo cuerpo en mi fuego
y aparto de tus manos la nieve,
quedan entre nuestros ojos
desiertos de nieves
que vencen al viajero de la noche.
Se diría que me mirases entre nieblas y lunas,
se diría que desde que existimos
esperáramos sin encontrarnos.
Pero esperar el amor es encontrar...
¿dónde está nuestro encuentro?
Se desgarró tu cuerpo desnudo...
se desgarró, bajo el techo de la noche,
tu pecho entre mis dedos...
se desgarró todo por mi sed salvo velos
que ocultan lo que amo en ti.

Como si yo impregnase tu sangre de sal,
queda sediento quien desea beberla.
¿Dónde está tu pasión?
¿Dónde tu corazón desnudo?
Te cierro la puerta de la noche
pero abrazo esa misma puerta
para besar mi sombra, mis recuerdos,
algunos secretos...

Te busco en mi fuego sin encontrarte,
sin hallar tus cenizas en el ardiente infierno.

Agotaré todo mi ser en sus llamas
todo lo que se oculta
y aparece.
Te quiero
¡Mátame para poder sentirte!
Mata lo prohibido
con sangre sin fin, con tu fuego...
¡Quémame sin fuego!

Beirut 26-10-1961.

VIGILIA

Me desvelé, todo estaba alerta:
mis pies, la lámpara
mis papeles.
Soy el pasado al que cierran la puerta,
los pliegos son mi mañana
y el presente que resta.
Soy el mañana en la conciencia de la noche,
la noche le tiende mil alas
y levanta el vuelo huyendo entre tinieblas y llamas.

Escucho,
 la oscuridad es el claxon de un coche
 enviando a la prostituta el mensaje de amor,
 indica a los borrachos que vengan, mil bares
 enseñan los dientes, abren las piernas,
 cortan el sueño del camino
 con el gemido del neón.

Escucho, la tiniebla es un silbato
 y el caminar de un guardia...

Recordé el lánguido río de la aldea
 fluyendo para vivir,
 para morir, lo absorbe la marea,
 se desnuda su escarpa de barro
 para recibir al alba,
 en su brillo lleva el caudal,
 lleva una barca imaginada
 con un pescador que tiende su red
 y busca en el agua
 las sendas de todos los peces
 somnolientos y verdes.
 Recordé los cementerios de los niños
 asentados en cada falda,
 allí duermen sin pechos ni mantillas
 pequeños que por la cosecha del hambre y el mal
 mamaron del único pecho
 que los siglos no afligieron.
 Durmieron al amparo de esa madre
 bajo cuya protección
 se igualan niños y cosas,
 al amparo de la tierra y la tiniebla.
 Velé la noche en Beirut, no entre bares,
 cuevas del mundo civilizado bañado con luz.

Aquí los niños se apoyan en huesos
para ascender a un horizonte de éxtasis,
para descender a una lápida
bostezando su sombra y su crepúsculo
entre polvaredas,
entre manantiales de luces,
bostezando su sombra y su crepúsculo
entre escorpiones y felinos,
entre quien ilumina la tiniebla
y alcanza a Dios en Jerusalén y el Sinaí.
Me desvelé al resonar las imágenes de la muerte
en mis oídos cual temblor:
“Se derrumba el muro de los siglos,
se desploma al tocarlo mis manos,
mil Noés perecen, torno en tiniebla
el kohol de los ojos de mil Zulaykas.
Existo en la inmortalidad de Dios,
en su nombre certifico las muertes.
Sólo Él es intangible
frente a los caminos de las muertes”.
Aquí en cada muerte hay mil muertes:
en el abrazo, en los besos, en las copas,
cuando gira el disco llevando el brillo de la luz,
susurran con sonido tembloroso engañando a las almas,
y acarician la frente del marinero en la tempestad.
Me desvelé porque sé que un día
no besaré la mejilla del alba,
llegará liberando en cada nido
una melodía y unas alas
pero yo estaré en mi tumba.

Beirut 15-4-1962

EL TESTAMENTO

Desde mi enfermedad,
desde el lecho blanco,
desde mi presente que se desploma
sobre su almohada y respira con agonía
absorbiendo por una botella
sus pálidas respiraciones,
desde el sueño
que me tiende el camino del cementerio
y la luna sumisa y las tinieblas...
escribo un testamento a mi esposa que espera
y a mi hijo que grita en sueños: “¡Papá, papá!”
Condensa en sus letras mi vida atormentada.
Si a Ulises ya de regreso a su lar
le hubieran ordenado los dioses rencorosos y destructores
que desplegara las velas
y se adentrara en sus mares
sin poder regresar a su hogar jamás,
no lo habrían inquietado el peligro ni los miedos
como estremecen a mi alma los temores dispersos.
Hoy el pudor acecha mi pensamiento:
temo que una pálida niebla
brote de mis sangres,
me envuelva sin poder ver nada
allá en la distancia.
Apenas si la veo,
corta mi humilde cuerpo un bisturí
como si cortara barro sin agua
y sólo siento un soplo de brisa elevarse
desde el borde de las cortinas en brumas
para que la tiniebla gotee. No oigo
sino truenos que retumban en las ruinas,
su eco se funde con el aire...
Temo una pálida niebla.

Temo resbalar por el desmayo de la anestesia
a mares sin puerto
donde Simbad cuando llega no puede
volver a oír el laúd, a beber, a oler las flores,
su mañana es tiniebla
y su noche una roca negra.
Desde la agitada sombra de mi inconsciencia
hasta las tinieblas de la muerte
no hay salvo el movimiento del aire
desde un pulmón somnoliento hacia el exterior.
Temo sentir el bisturí cuando corta,
pido ayuda con una llamada silenciosa,
grito sin que nada conteste a mi aullido
salvo sangre derramada de la yugular.
Parece que despierto de mi drogado sueño
a un eco de imágenes, a la pequeña resurrección:
Azrael impone a cada muerto a su destino
Corre tras los sudarios deshilachados,
conduce nuestras multitudes lívidas hacia una isla
árida donde carcajea el hielo,
el aire silba por nuestros huesos y llora.
Si tras la muerte no hubiera un despertar
sería tiniebla vacía sin sensaciones ni sentimientos.
¿Acaso esta bondad y esta infelicidad
y el anhelo que talla la mente,
y la esperanza que engendra del salto de un pequeño
a mil Abu Zayd, hierve la espuma
de su roja caballería cual mediodía...
todo es para este final?
¿Es la muerte la meta de la vida?

¡Iqbal, mi amada esposa!
No me reproches,
la muerte no está en mis manos.
no soy, aunque me salvase, inmortal.
Sé para Gaylán placer y bondad
sé para él padre y madre,
apiádate de su lamento
enséñale a tener corazón humilde
por el huérfano y el pobre
enséñale...

La tiniebla del sopor,
sus pestañas tocan mis ojos extraños
en el país extraño, en mi lecho,
para aliviar la llama de mi pensamiento...
No te entristezcas si muero, ¿qué importa
que se quiebre la flauta
si su melodía sigue hasta mi mañana?
No te alejes
no te alejes
no...

Beirut 19-4-1962.

SUMARIO

El poeta iraquí Badr Shakir as-Sayyab, nacido en la pequeña aldea de Yaykur situada en el área de Satt al-Arab en el año 1926 y fallecido en Kuwait, víctima de una enfermedad degenerativa el año 1964, recoge en el presente poemario titulado *El Templo Sumergido*, los poemas escritos durante el año 1961 y la primera mitad del año 1962. Tras obtener en 1960 el reconocimiento literario a su labor poética, se siente embargado por un fuerte deseo que se torna una necesidad vital de volver a su lugar de nacimiento, tal vez presintiendo la llegada de la fatalidad. Estos poemas se centran en la semántica poética del retorno, y definen a as-Sayyab como poeta del caminar en busca del origen del hombre y, al hacerlo, en busca de su propio origen. En ese devenir se desvelan todas las angustias, terrores e injusticias causadas por una sociedad víctima de la obsesión por dominar el tiempo y el espacio materiales. Pero también hay lugar para las alegrías derivadas del sentimiento del amor, para la felicidad desencadenada al unirse con la Naturaleza, para la esperanza de que el espíritu del ser humano como individuo supere sus barreras finitas, tangibles y vea con claridad la causa de su vivir que dará una explicación a su origen y fin: el lugar que está llamado a ocupar en el Universo.

ABSTRACT

The Iraqi poet Badr Shakir as-Sayyab was born in the little village of Yaykur, located in the Satt al-Arab area in 1926; and passed away in Kuwait from a degenerative disease in 1964. In 1960 he was rewarded by the *Shi'r* review for his poetic work *The Hymn of the Rain*. With it he obtained literary recognition. In his compilation entitled *The Submerged Temple*, he collects the poems he wrote between 1961, and the first half of 1962. During that period the poet felt strong wishes to return to his birth place. These wishes became a vital necessity; maybe he had foreseen his own end. These poems talk about the way every human being has to travel along, a way that leads to his inner part, to his spirit. In them as-Sayyab seems to be a poet that looks for the origins of man in general, but at the same time, for his own origin. This long trip reveals all the fears and unfairness caused by a society obsessed with controlling his concrete time and space. But also there is a place

for happiness derived from love and to be loved; for the joys of being part of the Nature; for the hope that the spirit of every human being could overcome his limitations caused by his fears; and could discover the hidden meaning of his life, the explanation of being born and his death: the place he is meant to take in the Universe.